CENTRO CULTURAL
MAY 19 1930
MEXICO, D. F.

LA GORRIONA

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

ILUSTRADA

POR

D. APELES MESTRES

¿Oculos habentes non videtis? ¿et aures habentes non auditis?
¿Teniendo ojos no veis? ¿y teniendo orejas no ois?
(San Márcos, cap. 8. v. 18.)

QUINTA EDICION

BILBAO
ADMINISTRACION DEL «MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
CALLE DE AYALA (ENSANCHE)
1888

ES PROPIEDAD

BILBAO: Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 1.

R-3854



I

La berlina describió de repente una curva inverosímil en su carrera, y desapareció en el antiguo portalon del palacio de Santa María: á un impulso del cochero quedaron clavados como por encanto, al pie del anchuroso vestíbulo, coche y caballos, estirando estos las nerviosas patas, como mue-

lles de acero, agitando impacientes las engalladas cabezas, y cubriendo de humeante espuma los bocados y cadenillas, bruñidas como la plata. El lacayo saltó con garbo del pescante para abrir la portezuela, el cochero se descubrió respetuosamente desde su altura, sin mover el cuello en su almidonado corbatin blanco, el portero del palacio hizo sonar la campana, que anunciaba allá en las antesalas la llegada de una visita, y de la berlina saltó entónces una diminuta galga inglesa, con collar de plata sobredorada y manta de grana ribeteada de terciopelo... Saltó luégo una señorita rubia, saltó despues otra morena, y saltó, por último, otra que no era morena ni era rubia; era, por decirlo así, desteñida.

Llevaban las tres enormes peinetas de teja, grandes mantillas de casco con ruedo de blondas, y colosales abanicos de país corto y ancho varillaje. Ocupaba á la sazon el trono de España el intruso D. Amadeo, y las damas elegantes hacian alarde de españolismo, desenterrando las tejas de carey, las blondas de pegotes, los alamares de morillas, y los flecos de á media vara. Bamboleábase el trono del italiano ante esta artillería de trapo, y las damas se creian tan heróicas al manejarla, como la Condesa de Bureta en Zaragoza, ó doña Lucía Fitzgerard en Gerona.

La galguita comenzó á subir dando brinquitos, y se detuvo con una patita delantera en alto, ante los enormes tiestos del Japon que adornaban el primer descanso de la escalera.

Quizá meditaba alguna fechoría indigna de su collar de plata y su manta de grana; pero intimidada sin duda por las armas condales de la ilustre casa de Santa María, que de relieve se destacaban en la pared del fondo, prosiguió su camino por la estrecha alfombra, que aprisionaban varillas de reluciente metal al pie de cada peldaño.

Detrás subian las tres señoritas, séria y como disgustada la rubia, preocupada la morena, decidida y resuelta la desteñida. Pasaba ya esta de los treinta años, edad funesta, en que la mujer frívola que desechaba á los quince al coronel del regimiento, suspira por el tambor mayor, ántes que doblar soltera el cabo de *Buena Esperanza*. Daba, sin embargo, saltitos como la galguita inglesa; hacia dengues y monadas como pollita tierna de quince años, y tenia ó afectaba tener la travesura y aturdimiento de una colegiala de trece. Llamábase Ritita Ponce.

La morena, tiesa como un maniquí de modista, estaba en la edad en que se desechan los coroneles, se piensa en el *trousseau* más que en el marido futuro, y domina á todo otro sentimiento la vanidad de los trapos y la hermosura, especie de inflamacion ridícula, que producen en el alma las lisonjas de la galantería: esta se llamaba Adelita Peralta.

En cuanto á la rubia, frisaba apenas en los quince, y aunque no desechaba coroneles, ni suspiraba por tambores mayores, gustábale ya, como á la hormiguita del cuento, comprar el

ochavito de arrebol que habia de ponerla bonita, y sentarse á la ventana, esperando el paso de algun Ratoncito Perez: era al fin y al cabo hija de Eva. Llamábase Blanquita Pelaez, era prima de las otras dos, y sobrinas las tres, aunque por diversas ramas, de la Excma. Sra. doña Rosa Pelaez, Ponce, Peralta y Teba, Condesa Viuda de Santa María.

—¿A que nos dice que nones?—dijo de repente Adelita Peralta, parándose como desalentada en mitad de la escalera.

—¡Pues claro está!—replicó vivamente la de Pelaez. Yo en su caso diria lo mismo.

Al oir esto Ritita Ponce, que iba delante, bajó de un brinquito el escalon que la separaba de sus primas, y dijo muy enfadada:

—Mira, Blanca... ó te callas ó te vuelves al coche; que no era cosa de venir apretadas en la berlina, como sardinas en banasta, para que luégo lo eches á perder todo.

—Pues hija,—replicó Blanquita enfadándose á su vez; no fuí yo la que quise venir, sino tú la que me trajiste.

—¡Porque eres el ojito derecho de titi Rosa, y para todo es necesario contar contigo!—exclamó Ritita, prosiguiendo su camino.

Eran las once de la mañana, y no obstante el toque del portero, ningun criado parecia por antesalas ni salones para introducir á la intempestiva visita. Veíase por todas partes ese desórden que deja en una casa el paso de una fiesta: muebles fuera de su lugar, ramilletes marchitos en los jarrones, bujías medio consumidas

en los candelabros, flores caidas acá y allá de algun prendido, jirones de gasas arrancados de alguna falda en las revueltas de un rigodon ó en los vaivenes de un wals, y en la atmósfera sintiéndose, mascándose, por decirlo así, aunque sin tener forma alguna visible, ese desencanto, esa desilusion que inspiran los restos del carnaval, contemplados á la luz del miércoles de ceniza: sentimiento triste á la vez que reflexivo, que tiene mucho de la amargura que deja el pecado en el alma, como un principio del remordimiento.

Aquel dia era en efecto miércoles de ceniza, y la noche anterior habia dado la Condesa el último de sus dos bailes de Carnaval, divertidísimos aquel año por lo originales. Siempre fué el taparse la cara señal de vergüenza, y aquel año, en el salon de la Condesa, habíase repartido por turno, entre uno y otro sexo, el pudor de la careta. Las damas prescindieron de él la primera noche, presentándose sin disfraz alguno: los galanes acudieron por el contrario uniformados con dominós de raso negro, y lazos de color de grana de idéntico modo dispuestos. Esta uniformidad en los trajes dió lugar á equivocaciones tan graciosas, y burlas tan divertidas, que se decidió pedir á la Condesa, para el mártes de Carnaval, otro baile en que se volviesen las tornas, reservándose las señoras el privilegio de llevar la cara cubierta: el sexo fuerte luciria su fealdad al resplandor de centenares de luces, y el débil ocultaria sus encantos en los anchos pliegues de capuchones

Watteau, con lazos de color de rosa. Habíase añadido además al programa de la fiesta, otra parte de terrible alcance político: el genio patriótico de Ritita Ponce ideó organizar un minué á la española, que habian de bailar los caballeros con casacon y peluquin blanco, y las señoras con traje de medio paso y peinado á lo *nene*. Para ello ensayaba Ritita con su primo Candidito Teba, alférez de húsares, un solo, cuyos prodigiosos *trenzados*, hubieran podido admirar á la Córte de Cárlos IV. Imposible era que el intruso Amadeo permaneciese tranquilo en el trono, ante aquel patriotismo coreográfico con que la ilustre juventud de X.** le manifestaba su desagrado.

Accedió gustosa la Condesa á lo que se le pedia, con la sola condicion de que terminase la fiesta á las doce de la noche, hora en que comienza la cuaresma. Sin duda temia la buena señora ver aparecer en sus salones la escuálida figura de la Penitencia, á la manera que se presenta en aquella famosa agua-fuerte de Alberto Durero, el pintor filósofo, esgrimiendo unas formidables disciplinas, y precedida de la muerte, que acompaña á los bailarines tocando el violin con dos canillas. Mas un grupo conspirador, que no temia á fantásticas apariciones, y capitaneaban Ritita Ponce y su primo Candidito, de tal manera se encargó de atrasar los relojes, que cuando sonaba en el palacio la hora de los ayunos, eran ya en el resto de la ciudad más de las dos de la madrugada. La Condesa no cayó en la cuenta: tan sólo sintió más sueño

que nunca al acostarse, y más pereza que de ordinario al levantarse por la mañana.

Suceso muy grave debia de ser, por lo tanto, el que hacia madrugar á las tres primas, despues de haberse acostado muy cerca del alba. Entráronse, pues, como Pedro por su casa, no encontrando á nadie en las antesalas, y Ritita echó á correr detrás de una doncella de la Condesa que vió á lo léjos, gritando:



—¡Martina! ¡Martina!... ¿Se ha levantado la señora?...

—¡Pues ya lo creo! — respondió la doncella saliendo á su encuentro. A las ocho habia vuelto de San Vicente de tomar la ceniza.

—¿La ceniza?...

—Sí, señorita... Hoy es miércoles de ceniza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Ritita riendo como una loca. ¡Yo no me acordaba sino de que ayer fué carnaval!... ¿Y dónde está la señora?...

—En el *costurero*, firmando los bonos de la Conferencia... ¿Quiere V. que le avise?...

—¡No! ¡no!... ¡Buen susto le vamos á dar entrando de puntillas!—exclamó Ritita, con el más infantil de los alborozos.

Y echando á correr seguida de sus primas y precedida de su perra, llegaron á un gabinetito redondo, que llamaban el *costurero*, porque allí solia hacer labor la señora Condesa. Por la abertura del *portière* entreabierto, veíase sentada junto á una antigua mesa de costura, con gran bolson de raso amarillo, á una señora de más de cincuenta años, alta, gorda, bigotuda, con el pelo gris sencillamente peinado, y vestido un modesto traje de hábito del Cármen. Tenia delante un monton de papelitos impresos con el sello de las Conferencias de San Vicente de Paul, y rellenaba los huecos en blanco que en ellos habia, con nombres de pobres que copiaba de una lista: añadia despues partidas tales como.—*Un puchero.—Dos raciones de tocino.—Tres de carne.—Cuatro de garbanzos, etc.*, y firmaba por último, con letras del tamaño de aquellos.—*La Presidenta, Condesa Viuda de Santa María.*

Ritita se adelantó de puntillas á mirar por entre las cortinas, mientras las dos primas se adelantaban tambien, de mala gana Blanquita, y sin abandonar su empaque de maniquí la de Peralta.

Ritita se apartó de la puerta conteniendo la risa, y haciendo retroceder á las dos primas, hizo ademan de decirles algo muy quedito: más ántes, fijándose de repente en una chimenea de mármol que allí habia, metió un dedo en la ce-

niza apagada, y se puso un tiznoncito en la frente, entre los rizitos postizos que la adornaban. Blanca la miraba absorta, y Adelita se echó á reir, diciendo:

—¡Ah, pícara!...

—¡Calla!—replicó Ritita, amenazándola con el abanico; y en voz muy baja añadió... La tia tiene buena cara, y estoy segura de que no ha descubierto lo de los relojes... Con que vamos adentro, que yo me encargo de ponerle el cascabel al gato... A todo cuanto yo diga, dicen ustedes *amén;* y si la tia...

—¡No, hija, no!—la interrumpió Blanquita con enfado. Lo que es yo, no digo mentiras.

—¡Ya salió la santa!—replicó impaciente Ritita. ¡Yo no digo mentiras!... ¿Te van á salir manchitas en las uñas, ó temes que te lleven los diablillos?...

—No, señor, ¡yo no digo mentiras!—repitió con más firmeza Blanquita.

—Pero criatura, mañana te hartas de pan bendito, ó tomas un baño en la pila de la iglesia, y quedas ya perdonada.

La de Peralta levantó los ojos al cielo, y dijo desabridamente:

—¡No puedo con estas santas modernas!... Siquiera las antiguas, se iban á un desierto y nos dejaban en paz á las que no lo éramos. ¿Para qué has venido entónces, *pajuata*?...

—¡Porque ustedes me han traido!...

—Pues ya que estás aquí,—exclamó Ritita agarrándola por la mantilla, te callas por lo ménos... Mira que, como me salgas con alguna

de tus sandeces, le digo á la tia que Ramiro Perez te ha escrito tres cartas...

—¡Pero yo no le he contestado ninguna!—gimió Blanquita haciendo pucheros.

—¡Sí, sí, ninguna!... Si sabré yo lo que son estas mosquitas muertas,—replicó Ritita, volviendo la espalda con gesto amenazador, y pisando sin querer la pata de su perra... Esta lanzó un ahullido lastimero, Ritita exclamó con angustia:—*¡Hija mia!*—y la perra corrió en tres pies al gabinete, refugiándose entre las faldas de la señora Condesa. Asustada esta, dió un respingo, tiró la pluma, sacudió por primera providencia un sopapo al animalejo, y reconociéndolo al fin, á través de sus gafas de oro, dijo sorprendida:



—¡Calla!... Pues si es Nana, la perra de Ritita...

¿Se va enterando el lector?... *¡Nana* se llamaba la perra de Ritita... regalo infantil de su primo Candidito!

II



ERA la Condesa de Santa María la más gorda de las mujeres sensibles: su corpulencia, su bigote, su vocejon de bajo profundo, le habian conquistado entre los no escasos burlones de la meridional X.**, el nombre de *El Sargento Santa María*. Mas á pesar de su marcial apodo, tenia la Condesa un corazon de merengue, de cuyo dulce jugo chupaban á mansalva desgraciados y parásitos: su bolsa estaba siempre abierta para socorrer desgracias verdaderas ó fingidas, y su casa de par en par para diversion de amigos y parientes: porque Dios, que habia negado á esta señora la bendicion de

los hijos, de tal manera la habia favorecido con la plaga de los sobrinos, que pasaban de veintisiete los que se disputaban el honor de llamarla *tití Rosa*.

Vástago de una de las familias más ilustres de Andalucía, habia visto transcurrir los años de su vida en la dicha más envidiable, sucediéndose un dia á otro dia con la uniforme tranquilidad con que pasan las cuentas de un rosario entre los dedos de una vírgen: pero por esa extraña aberracion del espíritu humano, que nos lleva á poner nuestro amor propio en aquello de que más carecemos, tenia la Condesa una manía, que engendraba en ella su santo afan de socorrer á los desdichados, y su necio prurito de divertir á los felices. Neron ponia su amor propio en tocar la flauta, Richelieu en hacer versos, la Condesa en creerse la mujer más desgraciada del orbe, y poder decir, como otra Dido, entre colosales suspiros, que hacian oscilar las lámparas de su gabinete.—*Non ignara mali miseris succurrere disco!*... (1). Por eso era para ella tan buena obra, y encontraba su corazon igual placer en socorrer á un desvalido diciendo con voz estentórea: ¡Sé lo que es sufrir!, que en dar un baile, exclamando entre suspiros:—Porque he sufrido mucho, quiero que los demás se diviertan!

Educada por otra parte, en esa casta atmósfera de la mujer honrada, tipo comun en la española rancia, que pasa de doncella á esposa,

(1) —Conocedora de la desgracia, sé socorrer á los desgraciados.

y de esposa á madre de familia, sin adivinar nunca las asquerosas profundidades de la galantería masculina, parecíanle otras tantas parejas de Luises Gonzaga, y Rosas de Lima aquella brillante juventud que poblaba sus salones, y mirando de cuándo en cuándo el alegre cuadro, desde la mesa de tresillo, que por nada ni por nadie abandonaba, decia suspirando:

—¡Angelitos!... ¡Cómo se divierten!... ¡Así debia de ser ahora mi pobre Mateo!...

Porque la catástrofe de la vida de la Condesa, la gran pena que no alcanzaba á borrar de su corazon la suave esponja del olvido, era el prematuro nacimiento de un esclarecido varon, que hubiera debido perpetuar la ilustre casa de Santa María. Nególe la Iglesia el bautismo por no encontrar en él suficiente sujeto; mas su madre le puso el nombre de Mateo, que era desde tres siglos ántes el de los primogénitos de la casa, y cual Artemisa á Mausoleo en el famoso sepulcro, depositó al malogrado vástago en un tarro de espíritu de vino. Allí esperaba en vano la resurreccion de la carne el heredero de los Santa María, mientras su madre ponderaba á todas horas la hermosura, las gracias y las virtudes morales y cívicas de su malogrado Mateo. Desde entónces la Condesa se vistió un sencillo hábito del Cármen, que jamás abandonaba y nunca dejó de firmarse en cuantas cartas escribia: *Su desgraciada amiga*, la Condesa de Santa María.

Unidas estas circunstancias á un españolismo,

raro en las señoras de su clase, á un orgullo de raza muy comun entre ellas, y á un fondo de piedad bien intencionada, aunque no siempre bien dirigida, á nadie extrañará que la señora Condesa madrugase para tomar la ceniza despues de una noche de baile, y se entretuviese las horas muertas en disponer por su propia mano los bonos de la Conferencia.

Habíala sorprendido en esta ocupacion la perra de Ritita, y detrás de ella entraron en el gabinete las tres primas, diciendo en coro:

—Buenos dias, titi Rosa..: ¿Ha descansado usted?

La Condesa se quitó sus gafas de oro, y dijo con su voccjon de bajo profundo:

—¿Pero qué es esto?... ¿Tan temprano han abierto hoy el manicomio?

—¿Temprano?—replicó Ritita haciendo arrumacos, y sentándose en un taburete á los pies de su tia, despues de darle tres ruidosos besos. A las ocho habiamos tomado ya la ceniza en San Isidoro...

Blanquita se santiguó espantada, al oir tan descarada mentira, y la de Peralta, tirándose de la mantilla, dijo con la mayor frescura:

—Ya ve V. si aprovechamos bien el tiempo, titita.

La Condesa se sonrió, complacida de la piedad de las niñas, y notando el tiznon de ceniza que Ritita traia en la frente, exclamó con una carcajada, que recordaba las notas más profundas de Lablache ó de Selva.

—¡Ya conoció el Cura la buena pieza que te-

nia delante, y por eso te apretó la mano de firme!... Mírate, mírate en el espejo...

Ritita estiró el cuello para mirarse en la magnífica luna que coronaba la chimenea de mármol, y limpiándose con el pañuelo, dijo muy indignada:



—¡No me extraña!... Una canasta llena de ceniza necesitaba yo para humillarme hoy... Le aseguro á V., titita, que en toda la noche he dormido de rabia.

—¿De rabia?... ¿Pues qué perro te ha mordido, hijita?...

—¡El cursi del Gobernador!... Ese es el perro que me ha mordido á mí, y á V., y á todos los que estuvimos anoche en su casa!...

—¿Pero qué ha pasado, hija?—exclamó atónita la Condesa.

—¡Nada, nada ha pasado!—replicó Ritita con rabiosa ironía... Que anoche dijo en pleno casino ese Gobernador Sancho Panza, que él apostaba su baston de mando, á que no volvíamos á bailar el minué á la española... Que eso era una manifestacion en contra del poder constituido, y que tenia él bigotes para llevar á la cárcel á la Condesa de Santa María.

—¡Y meterla en un cepo!—añadió la de Peralta, empinando el dedo, y alargando, sin descomponerse la mantilla, su largo cuello de cisne.

La Condesa se puso negra de ira, como si la azulada sangre de cien generaciones de Santa Marías se le hubiese agolpado al rostro, y Ritita, temiendo haber ido demasiado léjos, añadió algo turbada:

—Lo del cepo, no estoy cierta si lo dijo.

—¡Sí, titita, sí!... ¡En un cepo dijo!—afirmó la de Peralta con la lengua y con el abanico.

—¿Pero harian alguna imprudencia esos muchachos allá en el *buffet*?—dijo al fin la Condesa un poco azorada. Tira de la campanilla, Blanca... dile á Martina que avisen volando á D. Recaredo... Es fácil que con el champagne se les haya ido la lengua á esas criaturas... Don Recaredo debe saberlo.

Don Recaredo era el hombre de confianza, el amigo íntimo de la Condesa, á quien encargaba ella la vigilancia de la juventud dorada que admitia en sus salones.

—¡No, tití, no!—insistió Ritita. Si eso fué

ántes... Es que el Gobernador se muere de rabia porque se negó V. á recibir á su niña, y no puede alternar con nosotras la muy cursilona.

—¡Es un cursi, titita, es un cursi!—chillaba la de Peralta, sacudiendo el abanico.

—¡Pero, señor!—exclamó la Condesa aturdida y sofocada. ¿En qué país vivimos?... ¿De modo que yo no puedo hacer en mi casa lo que me da la gana, sin que venga un Gobernador de monterilla á meterme en un cepo?... ¡Pues lo veremos, sí, señor, lo veremos!...

Y figurándose la Condesa que aplastaba al Gobernador, aplastó con su poderoso puño los bonos de la Conferencia. Las dos primas cruzaron entre sí una rápida mirada, y mientras la de Peralta repetia en todos los tonos de la escala—¡Es un cursi, titi, es un cursi!—añadia Ritita con el mayor entusiasmo:

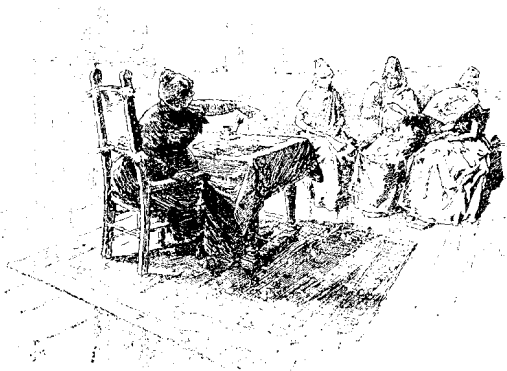
—¡Eso es, titi Rosa!... ¡eso es lo digno!... ¡Duro contra duro!... ¿No quiere coles?... ¡El plato hasta arriba!

—¡Pues no faltaba más, sino que tuviera que llevar el visto bueno de un zascandil cualquiera, lo que se baila en mi casa!... ¡Y hablarán luégo de la Inquisicion esos liberalones descamisados!... Pues yo le prometo que se bailará el minué, y hasta el fandango si es preciso... Y se bailará á la española, y con casaca y peluquin, y si se me antoja, me vestiré yo misma aunque sea de mameluco!... ¡Pues no faltaba más!

A Blanquita Pelaez le entró tal risa al figurarse á la monumental señora vestida de ma-

meluco, que rompió á reir sin miramiento alguno, con gran indignacion de Ritita.

—¡Esta Blanca tiene sangre de horchata! —dijo. ¿A qué viene esa risa?...



—Como dice titi que se va á vestir de mameluco,—balbuceó Blanquita. Y volvió á reirse con mayores bríos.

—Déjala que se ria,—replicó la Condesa, esforzándose por reir ella misma. Si el caso es de risa... Si yo me rio tambien de que ese embeleco de Gobernador haya venido á tropezar con la horma de su zapato... Ya verás; ya verás cómo le hacemos perder en la apuesta su baston de mando, y nos sirve para palo de una escoba.

Las dos primas se miraron de nuevo, como diciendo: Esta es la ocasion—y Ritita dijo vivamente:

—¡Ese es el golpe maestro, titita!... Es menester dar otro baile.

—Y bailar el minué, aunque venga la partida de la Porra.

—¡La recibiremos con la del Porro, y saldrá con las manos en la cabeza!—dijo marcialmente Ritita, esgrimiendo el abanico.

—Nada, tití, nada... ¡Es menester otro baile!... Es cuestion de gabinete.

—Cuestion de honra.

—Lo pide el honor *du drapeau*...

—¿Pero cuándo?—exclamó la Condesa, vacilante... Si estamos ya en cuaresma...

—¡Pues el domingo de Piñata! — exclamaron á un tiempo las dos primas, con la avidez del jugador que tira el último dado.



La Condesa abrió la boca para contestar, las dos primas alargaron ansiosas el cuello para oir,... y las tres se quedaron mudas. Habia entrado en el gabinete, sin que nadie lo anunciase, un clérigo muy viejo, que cojeaba al andar, traia las gafas en la punta de la nariz, el sombrero de teja en la mano izquierda, y entraba echando bendiciones con la derecha á diestro y siniestro.

La tia y las sobrinas se quedaron estupefac-

tas: oíase tan sólo la risa comprimida de Blanquita, que se figuraba entónces á tití Rosa camino del cepo, vestida de mameluco, y capitaneando la partida del Porro. Ritita se levantó violentamente del taburete al entrar el clérigo, y fué á sentarse en un rincon con gesto de enfado. Allí se puso á hacer un muñeco con su pañuelo de batista.

—Pero D. Rufino,—dijo al fin la Condesa, rompiendo el silencio entre colérica y sorprendida. ¿Lo han hecho á V. Obispo, ó viene cazando moscas?...

—¿Obispo á mí, señora Condesa?—replicó el clérigo, con un tono compungido que movia á risa. ¡Jesus, señora, qué disparate!... ¡Ave María Purísima!... ¡Obispo un pobre capellan de monjas!... Eso seria ponerle la mitra á Zamama, el demandadero del convento.

—Como viene V. echando bendiciones...

—Por si quedaba por ahí algun diablo de los del baile de anoche, señora Condesa... Por eso nada más; créame V... Nada más que por eso...

A la Condesa se le atragantó el chiste del capellan, y replicó bruscamente:

—Pero D. Rufino... ¿Se ha pensado V. que á mi casa se viene á ofender á Dios?... ¿Qué gente se figura V. que yo recibo?...

—¡Jesus, señora; Ave María Purísima, qué disparate!—replicó el clérigo, sentándose tranquilamente. ¿Quién habia de pensar eso?... ¿Si sabré yo la gente que recibe la Condesa de Santa María?... El que ménos es duque de *Ora pro nobis*...

La importuna risa de Blanquita brotó de nuevo, como el chorro de una fuente intermitente, y volvió á cesar ante una furibunda mirada de su tia. El clérigo se terció el manteo sobre las rodillas, colocó encima el sombrero de teja, cruzó las manos sobre éste, y fijando por encima de las gafas su mirada, aguda como la punta de una lanceta, en las tres primas, dijo muy sosegado, en su tono lastimero:

—Pues sí, señora... Leí yo en un libro viejo, que el diablo no perdia un baile... Vamos, que le gustaba la danza... Y allá uno de los Padres antiguos del yermo, vió una vez que cada señora llevaba un diablo sentado en la cola del vestido, y lo iba paseando... ¿Estamos?... Y cuando entré por esas puertas, me dije:—¡Sabe Dios cuántos se habrán quedado descarriados por debajo de los muebles... Pues con un par de bendiciones desencasto yo la casa; y cate V. ahí por qué las venia echando...

La risa de Blanquita se escapó de nuevo de sus carrillos, hinchados á fuerza de aguantarla, haciendo exclamar á la Condesa coléricamente:

—¡Pero qué pesada estás, Blanca!... ¿Se podrá saber á qué viene esa risa?...

—Como decia V. que se iba á vestir de mameluco...

—¡Calla!—gritó la Condesa con tal brío, que hizo á Blanquita pegar un salto en el asiento.

El clérigo volvió á mirarla de nuevo por encima de las gafas, y dijo:

—Deje V. que se ria la niña: esos son los pocos años...

Y mirando á Ritita del mismo modo, añadió:

—Mire V. cómo su mamá está muy séria...

Ritita dió otro brinco al oirse colocar en la categoría de las mamás, y de tal manera se crisparon sus nervios, que estiró los brazos del muñeco hasta colocarlo en la familia de los orangutanes. Hubiérase podido poner los zapatos, sin doblar las rodillas.

—¿Pero qué está V. ahí diciendo de madres y de hijas?—dijo impaciente la Condesa. ¿Pues no conoce V. á Ritita, mi sobrina... La hija de mi primo Claudio?...

—¿De veras?—exclamó el clérigo asombrado. ¿Pero quién lo habia de pensar?... ¡Jesus y cómo ha crecido!... ¡Qué disparate!... Sea para bien, doña Ritita... por muchos años... ¿Y está bueno papá?... Pero, señor, si me parece que fué ayer cuando la ví nacer, como quien dice... ¡Friolera! y hace ya treinta y cinco años... Como que fué el año treinta y siete, por mayo, justamente el dia...

Ritita se puso en pie de un salto, como si le hubiesen aplicado una pila de Volta, al oir que el imprudente clérigo ponia en claro la discutida fecha de su nacimiento. Descuartizó convulsamente el muñeco, como Medea á sus hijos, y dijo con la ronca voz de la ira comprimida:

—Adios, titita: voy al jardin á ver los pavos reales.

—Y que vayan contigo Adela y Blanca,

contestó la Condesa presurosa. Tengo yo que hablar con D. Rufino.

Las tres primas salieron juntas, y nada dicen las crónicas de lo que entónces sucedió entre ellas. Consta, sin embargo, que Ritita estuvo aquel dia á dos pasos de atropellar, en la persona de D. Rufino, el famoso canon.—*Si quis, suadente diabolo...*

En cuanto al clérigo, si es cierto aquello de que, por regla general, son tontos todos los que lo parecen, mas la mitad de los que no tienen cara de tales, debia de ser una taimadísima excepcion de la primera parte del apotegma.

III



PERO me querrá V. decir, D. Rufino de mis pecados, qué gusto saca de hacer rabiar á todo el que encuentra en mi casa?—exclamó colérica la Condesa. El otro dia le tocó á D. Recaredo: hoy á Ritita.

—¿Yo, señora?... ¿Yo?...

—¡Usted, sí, señor, usted!... que parece que no rompe un plato, y se ha propuesto darme un sofocon cada vez que viene á mi casa.

El clérigo dijo para su sotana:—No es la banderilla que puse á Ritita la que á ti te ha punzado—y contestó con el más compungido de sus tonos.

—Pues lo que es hoy, señora Condesa, venia porque la Madre Priora...

—Ya le envié ayer veinticinco duros para la

obra del coro... Con que déjese V. de Prioras, y conteste á lo que le pregunto.

—Pues justamente porque le decia V. en la carta que iban veinticinco duros, y venian cincuenta, es por lo que vengo á devolverle de su parte los veinticinco que sobran.

Y al decir esto el Capellan, presentaba á la Condesa un cucuruchito de monedas de oro.

—Que los guarde para vino de Misas... y no se me escape V. por la tangente... ¿Qué significa la mojiganga de las bendiciones que venia V. echando?...

El clérigo dijo para sí,—ahí es donde á ti te escuece—y enarcando las cejas, y estirando los labios con el aire más cándido del mundo, contestó:

—Pues si ya lo dije, señora... Por si habia quedado algun diablillo...

—No se me haga V. el tonto, que nos conocemos de muy antiguo, y sé que tiene V. más conchas que un galápago... Siempre me está usted tirando pullitas sobre los bailes y las tertulias... ¿En qué libro viejo ha leido V. que el diablo no falta á ningun baile?

Don Rufino se dió una sonora palmada en lo alto de su pelada cabeza, y dijo muy serio:

—En este, que lleva ya setenta y dos años de impreso.

—¿Pero qué idea tiene V. de lo que es un baile, D. Rufino bendito?... ¿Ha visto V. alguno en su vida?...

—Por el derecho, ninguno... Por el revés, muchos...

—¿Y quiere V. decirme cuál es ese revés, y cuál ese derecho?...

—El derecho es lo que V. ve en su casa: el revés lo que veo yo en el confesonario...

La Condesa se quedó un momento pensativa, y dijo luégo, moviendo la cabeza con cierto aire de duda y de desden disimulado:

—Veo que no conoce V. la clase de gente que recibo yo en mi casa.

—Supongo que serán hombres y mujeres.

—¡Pues claro está, que no han de ser gatos y gatas!

—Pues si son hombres y mujeres, hágase V. cuenta que por algo se dijo, que

Entre santa y santo,
Pared de cal y canto.

—De modo, que, segun ese libro viejo en que V. lee, debe haber en los salones, en vez de intercolumnios, muros de mampostería que separen á los dos sexos.

—Precisamente.

—¿Pero por qué?... ¿por qué?...

—¡Señora!... ¡Porque los enemigos del alma no son mundo, demonio, y... mazapan!

La Condesa volvió otra vez á quedarse parada como esforzándose por comprender, y el clérigo, variando de repente de tono y de gesto, dijo con vigor y hasta con elocuencia:

—¿Ha visto V. esas manzanas que se crian á orillas del mar muerto?... Tienen una cáscara brillante y dorada, y dentro una ceniza asquerosa y amarga... Pues la cáscara es lo que V. ve en su casa, y la ceniza lo que veo yo en el con-

fesonario... La cáscara es la exquisita finura, las conveniencias sociales que se guardan por fuera: la ceniza, las asquerosas miserias, las innumerables ofensas á Dios que se cometen por dentro, señora, por dentro!...

—¡Ave María Purísima, D. Rufino!... ¿Qué está V. diciendo?...

—Lo que V. oye, señora Condesa... Si á todos sus tertulianos de V. le salieran de repente á la cara los pensamientos que llevan en el corazon, apuesto ciento contra uno, á que no era la bondadosa, la cristiana Condesa de Santa María la que daba más bailes... Si todas esas pobrecitas jóvenes que acuden á ellos, pudieran ver por un instante lo que piensa el galan que les sirve de pareja, cierto estoy de que la mayor parte de ellas huirian aterradas.

—Pero, señor,—eso podrá suceder entre una gentuza cualquiera; pero no entre personas tan distinguidas como recibo yo en mi casa.

—Tan de barro está hecha la porcelana del Japon como los cacharros de Triana...

—¡Pero por María Santísima, no exageremos, D. Rufino!... ¿Qué idea tiene V. de lo que es un caballero, de lo que es una señora, de lo que es una inocente reunion en que se divierten los jóvenes?...

—¿Quiere V. que se lo diga clarito, pero clarito?...

—Sí, señor... Ese, ese, es mi fuerte: las cosas claras y el chocolate espeso.

—Mire V., que le va á saber á cuerno quemado...

—Don Rufino,—dijo la Condesa con cierta dignidad lastimera. Hartas pruebas tengo dadas en mi desgraciada vida, de que sé sobreponerme á las penas más dolorosas... Cuando la muerte de mi hijo Mateo...

El clérigo se apresuró á atajar á la Condesa, que no obstante la gravedad de la discusion se disponia á improvisar una biografía del malogrado Mateo, y dijo vivamente:

—Pues oiga V. y no se asuste... Todas esas reuniones de jóvenes que se divierten, no son pecaminosas de suyo... ¿Pero sabe V. lo que la malicia de esos mismos jóvenes hace de ellas? Pues brillantes centros de prostitucion moral, en que no se prostituyen los cuerpos, porque no se puede, pero se prostituyen las almas con el deseo... A eso acuden á ellas la inmensa mayoría de esos caballeritos que á V. le parecen Luises Gonzaga... Juzgue V. del papel que le corresponde á la buena alma que franquea su casa para estos inocentes desahogos... sobre todo, si es una pobre vieja que nada gana en ello personalmente.

La Condesa se mordió los labios y se agitó en su butaca, como un oso blanco á quien aplicára el domador un hierro candente; pero el clérigo, sin darse por entendido, prosiguió con igual viveza:

—En cuanto á las mujeres, son otra cosa, y pueden, por decirlo así, dividirse en tres grupos... Las hay que, para ludibrio de su sexo, son en todo semejantes á los hombres, aunque mucho más hipócritas: las casadas, por temor á

un escándalo que más tarde ó más temprano llega; las solteras, por temor de perder la pesca de algun cándido marido, que les sirva más tarde de editor responsable... Las hay, y estas son las más numerosas, que no acuden á estas reuniones atraidas por la sensualidad sino por la vanidad, por la vanidad de los trapos y del lujo; no vienen á ver, sino á ser vistas, á lucir un pingajo nuevo que les atraiga la admiracion y las lisonjas de ellos, y la envidia y la malevolencia de ellas. Estas no son malas, pero son necias... Y las hay, finalmente, como esa pobre niña que se reia aquí hace poco, que vienen porque las traen... Estas son inocentes instrumentos de que se vale el demonio para lograr todos esos otros fines: materia inconsciente, que sirve de pasto á la liviandad de los galanes; pobres ángeles, que juegan con el infame que en su interior mancilla su pureza, con la misma candidez con que jugaria un niño con la serpiente venenosa que mansamente le alhaga... ¿Y quiere usted que le diga más? Pues de este número, señora Condesa, no ha salido V. todavía al cabo de sus cincuenta años y pico... Y esto que tanto la honra es justamente lo que causa su desdichada ceguera: porque no hay virtud por hermosa que sea, que fuera de tiempo y sazon, no pueda convertirse en vicio; y la candidez y la inocencia, con ser tan bellas, son primas hermanas de la tontería... ¡Sí, señora Condesa, de la tontería!...

La voz de la señora parecia haberse ocultado en las extensas cavidades de su anchuroso

pecho, negándose á acudir á la garganta: quiso hablar, pero el clérigo le atajó la palabra, diciendo:

—A todo este conjunto, le llama el mundo galantería, inocente coqueteo, expansiones de la juventud, etc... Pero la moral, señora, la ley de Dios, que condena lo mismo el pecado de pensamiento que el de obra, lo mismo el pecado del que induce que el del que coopera, lo llama libertinaje del espíritu, prostitucion de las almas... Vea V. ahora, señora mia, con cuál de estas dos luces quiere iluminar sus salones... Si con la del mundo, déjelos abiertos; porque, con ser tan malévolo el mundo, poco ó nada encontrará en ellos que censurar segun su criterio. Si con la de Dios, ciérrelos al punto; porque aparecerán entónces en ellos muchas, pero muchas inmundicias!...

La Condesa resolló, como si el aire faltase á sus pulmones, y dando el clérigo un poco de aliento á los suyos, prosiguió:

—Me dirá V. que mil razones sociales exigen, por lo ménos, la tolerancia del trato de esta especie entre hombres y mujeres... No lo negaré en absoluto, por más que rotundamente lo niego en muchos casos concretos; pero mientras la malicia de los hombres haga de este trato una verdadera prostitucion moral, la conciencia tiene que someterlo á la ley de todas las prostituciones... Y sepa V., señora Condesa, que los moralistas que no niegan al Estado la tolerancia de casas infames, prohiben al indivíduo arrendar las suyas para tan asquerosa in-

dustria, sin razones poderosísimas, muy difíciles de encontrar... Crudo es decir que aplique usted el cuento á los bailes de su casa; pero, haciendo la conveniente rebaja, no hay más remedio que aplicarlo, señora mia... Que esto es duro de decir... ¡Durísimo!... que es asqueroso de oir... ¡Asquerosísimo!... Pero si no se oye la verdad á gritos, fuerza será decirla á cañonazos; y lo que está V. oyendo, es la verdad, se-



ñora: la verdad pura, desnuda, dicha á cañonazos... Y si duda V. de que lo sea, pregúntelo, no á ellas, que son en su mayor parte tan ciegas como lo es V. misma... Pregúntelo á ellos, á ellos, que son los que ven la comedia entre bastidores...

Y aquí se calló el clérigo, cepillando con la manga de la sotana los encrespados pelos de su sombrero de teja. La Condesa quiso hablar

y dió un bramido, quiso resollar y la cólera la ahogaba. Llevóse, al fin, las manos á la cabeza, y con los matices violados de la apoplegía en el rostro, exclamó á retazos:

—¡En mi vida he oido mayores desvergüenzas!... ¡Siempre creí que era V. un saco de rarezas!... pero nunca pensé que un hombre de su saber... de su virtud... que viste ese hábito... que entra en mi casa hace cuarenta años... me insultase de ese modo!...

—Señora, V. me ha preguntado, y yo he respondido... ¿Qué culpa tengo yo de que la verdad tenga en ciertos paladares el sabor del insulto?

—¡Me quejaré al Arzobispo! ¡Sí, señor, me quejaré al Arzobispo!—exclamó la Condesa.

Y la tempestad que bramaba en su pecho se deshizo en lágrimas, como en lluvia se deshacen todas las tempestades. El clérigo se puso de pie, y recobrando de repente su aspecto bobo, y su tono compungido, dijo:

—Con que ¿quiére V. algo para la Madre Priora?...

—¡Nada, nada quiero!—gimió la Condesa.

—Pues que V. se conserve buena... y cuando tenga un ratito de tiempo, lea la historia de *Gil Blas* y el *Arzobispo de Granada*...

Y volviendo el clérigo la espalda, se dirigió á la puerta cojeando... Oyóse entónces en el salon vecino una voz destemplada, que gritaba afectuosamente:

—¡Señor D. Rufino, mi amigo y dueño!... ¿Usted por aquí?... ¿Y se va V. cuando yo ven-

go, ingrato amigo?... Pero cúbrase V. por Dios, mi Sr. D. Rufino, que soplan aquí muchas corrientes... ¡Las corrientes son temibles!... ¿Sabe usted lo que dijo el diablo á Lutero?... ¡Lutero!... ¡guárdate de las corrientes, que me haces mucha falta!...

La voz se desvaneció por un momento, como si se alejase para despedir á D. Rufino, y á poco apareció en el gabinete, seguido de un alférez de húsares, un caballero muy calvo, que entró diciendo, con el gesto de Ciceron en el Senado romano:

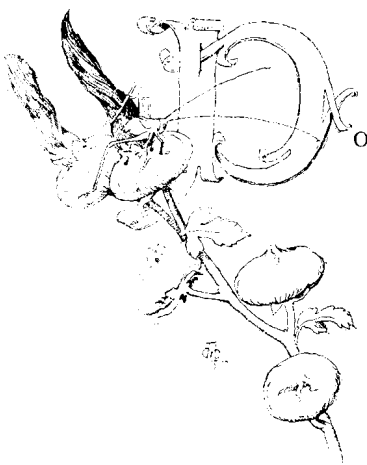
—¡Condesa!... ¡Catilina está á las puertas de Roma!...

Y dejando el ronco son de la trompa bélica, por el suave tono del pastoril caramillo, añadió, indicando á las tres primas, que en aquel momento aparecian en la puerta de en frente.

—¿Pero quien teme á Catilina... estando ahí las tres Gracias, Aglaë, Pasitea y Eufrosina?...

Aquel señor era D. Recaredo.

IV



Don Recaredo no se llamaba Guzman, ni Ponce de Leon, ni Fernandez de Córdoba: llamábase simplemente... Conejo. De este notable desnivel, de esta especie de salto lírico que entre su nombre y su apellido mediaba, no le hace responsable la historia: culpa fué de sus padrinos, que sobrellevaba el buen señor con resignacion heróica, sin haber intentado nunca ni aun pluralizar su apellido, firmándose con más galanura heráldica: *Recaredo de los Conejos.* Conejo singular habia sido su padre, Conejo singular su abuelo, y por una série de Conejos singulares, podia remontarse su ascendencia, á cualquiera

de los infinitos conejos que, segun algunos eruditos, pululaban en España, en los tiempos en que Tubal tomó posesion de ella, haciéndola coto redondo.

Con ménos pujos, sin embargo, de rey Godo, que de humilde lepórido, vivia D. Recaredo pegado, como un pobre molusco, á la roca monumental de la casa de Santa María. Habia sufrido en vida del difunto Conde todas sus impertinencias políticas en la lucha de los partidos, y seguia sufriendo las domésticas de la Condesa, que le encargaba la superintendencia general de sus salones, y la especialísima vigilancia de sus veintisiete sobrinos. Prodújole lo primero un modesto empleo en Rentas Estancadas, y valíale lo segundo el poderoso apoyo de la Condesa en todas las mudanzas de ministerio. Agradecido D. Recaredo, escribia á cada una de éstas una elegía á la prematura muerte de Mateo, que complacida la Condesa iba coleccionando en un album.

Porque D. Recaredo era poeta, y poeta erudito: sabia de memoria el *Arte de hablar en prosa y verso,* de Hermosilla, y leia diariamente diez páginas del *Diccionario de la Conversacion*, que luégo recitaba en la tertulia, buscando ocasion oportuna. Hablábase, por ejemplo, de que los jamones extremeños superan en mucho á los gallegos, y D. Recaredo, haciéndose el distraido, decia de repente:

—¿Hablaban ustedes de los Babilonios?...

—No... no, señor... Decíamos que los chorizos de Extremadura...

—Pues jurara que habia oido algo de Babilonios... Y á propósito de ellos, han de saber ustedes que cuando la ruina de aquel imperio famoso...

Y aquí endilgaba D. Recaredo lo que habia leido aquel dia sobre el reino de Semíramis, afirmando cada vez más su fama de erudito. Satisfecho con estos modestos triunfos, D. Recaredo partia su tiempo entre el culto de las Musas y el de las Rentas Estancadas, sal y tabaco, dedicando el resto de su vida á conciliar los extremos opuestos de un problema higiénico-social, más importante para él que el Congreso de Verona; su horror á los constipados, y su amor á la cortesía. El primero le llevaba á considerar las corrientes de aire y los vientos colados, como los enemigos más temibles de la prole de Adam, y el segundo le inducia á quitar el sombrero hasta los pies, lo mismo al mendigo que le pedia limosna, que á la dama que le saludaba desde el coche. D. Recaredo era cortés hasta consigo mismo, y aun al entrar solo por una puerta solia apartarse maquinalmente, como si quisiese hacer á su sombra el honor de pasar primero.

Mas un dia los pelos de D. Recaredo comenzaron á declararse en huelga, y de allí á poco tomó su cabeza el aspecto de un mapa-mundi, en que hubiera podido estudiar á su sabor las facultades del alma cualquiera de esos discípulos de Gall, que miden á los hombres por las protuberancias del cráneo, como podrian calar por sus vetas á un melon ó á una calabaza. El

problema tomó entónces á sus ojos tintes más pavorosos, que si viera decretar al Gobierno el desestanco de la sal y del tabaco... ¿Cómo exponerse á una pulmonía descubriéndose en la calle á todos los vientos? ¿Cómo renunciar á aquel saludo cortesano, digno del Versalles de Luis XIV, que mataba el sombrero por el ala, y era una manifestacion casi gimnástica, de la exquisita finura del que lo hacia?... Don Recaredo se expuso á perder los pocos pelos que le quedaban á fuerza de cavilar, y murmurando al fin el—*¡Eureka!*—anunciador de los grandes descubrimientos, resolvió ponerse para recorrer las calles una peluca, que se apresuraria á dejar con el sombrero no bien entrase bajo techado, evitando así que el excesivo calor hiciese inútil el remedio.

Rióse grandemente de la ocurrencia la dorada juventud confiada á su vigilancia, viendo de contínuo la peluca de D. Recaredo pendiente de una percha, como una cabellera ensangrentada adornando el wigwam de un Piel-Roja. Mas D. Recaredo, firme en su propósito, llegó á creerlo sobre higiénico prudentísimo, cuando hojeando un dia el *Diccionario de la Conversacion*, leyó allí la muerte de Esquilo. Paseaba el gran trágico griego por la orilla del mar, las manos á la espalda y al aire la pelada cabeza, que supo concebir el *Agamemnon* y las *Euménides*... Un águila, que habia arrebatado á una tortuga entre las garras, se cernia en el espacio, buscando una roca contra que estrellar su presa para devorarla luégo: parecióle la blanca

calva del poeta un picacho de mármol, y dejóle caer encima la tortuga, acabando con esta tragedia la vida del que con tantas otras habia maravillado á la culta Atenas. D. Recaredo, al leer ésto, dió una gran palmada en el libro, y dijo, con la expresion de susto del que acaba de correr un grave riesgo.

—¡Anda!... para que te vayas por esas calles de Dios con la calavera al aire!... El dia ménos pensado viene un pajarito y—¡paff!—te aplasta con una tortuga... Y que no he visto yo en la Giralda cernícalos capaces de cargar con un vapor del muelle!... ¡La Vírgen de los Reyes me ha protegido... ella me inspiró la idea de la peluca!

¡Pobre D. Recaredo! Aún nos parece ver su redonda carita, flanqueada por dos estrechas patillas grises, que encerraban como dos paréntesis á una frase, sus ojitos tiernos, su encarnada nariz difamadora injusta de sus sóbrios gustos, y su boca hendida y siempre en movimiento, como una válvula de seguridad que le permitiese desprenderse del exceso de plenitud de *Diccionario de la Conversacion*, que se albergaba en su cráneo!... Y, sin embargo, don Recaredo ya no existe!... La tierra se tragó al cantor de Mateo, sin que su nombre se escribiese en el Parnaso: la tumba sepultó para siempre al probo empleado en Rentas Estancadas, sin que el Estado recompensase su honradez depositando sobre su tumba un montoncito de sal y un cigarro del Estanco!

Sirva de disculpa esta doble ingratitud á la

pesada complacencia con que nos hemos detenido al hablar de D. Recaredo. Pero ¿qué lector será tan intolerante, que no nos permita esta prueba de cariño, al insigne vate que tantas veces provocó nuestra risa?... Cuando los años comienzan á hacer largo el desierto del pasado, experiméntase un triste placer al recordar á las personas que nos marcan, como las señales que deja atras el caminante, el sendero recorrido en este valle de lágrimas... Cuando la vista no descubre en torno sino horrores y miserias, deléitase el ánimo deteniéndose, triste á la vez que risueño, ante esos tipos que reunen, á la sencillez más honrada, las más inofensivas ridiculeces...



V

LA de Peralta y Ritita clavaron ansiosas los ojos en el rostro de la Condesa al entrar en el gabinete, y se miraron consternadas al notar la tempestad que se reflejaba en la cara, redonda como la luna llena, de la ilustre señora. Indudablemente se habia llevado D. Rufino entre sus garras las promesas del baile de Piñata, que con tanta habilidad habian arrancado ellas á la Condesa. El húsar se acercó á esta, y estrechándole con familiaridad la mano, le dijo:

—¿Qué tal, tia Rosa?

Recordóle á la Condesa el apuesto militarito, aquellos Luises Gonzagas á quienes el cruel

D. Rufino acababa de arrancar la vestidura mística, y contestó secamente:

—Bien, Candidito.

Acercóse entónces el húsar á las tres jóvenes, saludándolas con llaneza de primos, y á poco hablaba en secreto con Ritita, á espaldas de todos: ella hacia mohines de enfado, él gestos de protesta; ella se apoyó en su abanico, como en su clava el Hércules Farnesio, él le quiso quitar una plumita de pavo real que traia en la boca á guisa de cigarro; ella le pegó con el abanico, él se echó á reir; ella sacó una carta, él la fué á coger... En el mismo momento volvió la cara Blanquita; pero ya Ritita y Candidito miraban extasiados un cuadro bordado en sedas de colores que pendia de la pared. Era un cuadro muy curioso: habíalo bordado la Condesa el año treinta, y representaba á una negra, fumando en su pipa. Ritita decia á Candidito:



—¡Mira... mira cómo humea!...

—¿Vas á aprender á bordar, Cándido?—preguntó Blanquita con malicia.

—Si tú me enseñas, primita, me comprometo á bordarte unas babuchas,—replicó el alférez.

Mientras tanto, D. Recaredo habia dado dos pasos al frente, y bajando algo los brios de su acento, al notar el encapotado rostro de la Condesa, repitió de nuevo su culto grito de guerra.

—¡Catilina está á las puertas de Roma!...

La Condesa, que era poco erudita, y no habia salido aún del estado de exaltacion en que la dejó D. Rufino, replicó bruscamente:

—¿Pero que no ha de abrir V. la boca para decir dos palabras, sin que suelte tres nombres raros?... ¿Quién es esa Catalina, y qué tengo yo que ver con que haya ido á Roma?...

—Pero si no es Catalina señora,—contestó D. Recaredo con la mayor mansedumbre... Es Catilina... Ca-ti... ¡titi!... li-na... hombre feroz, revolucionario, Amadeista como quien dice, del tiempo de Ciceron, que levantó una milicia nacional...

—¡Pues mire V.!—exclamó la Condesa con furia, acordándose de las amenazas del Gobernador, que juntamente con D. Rufino tenia montado en la punta de las narices. Bastantes Amadeistas tenemos por acá, para que venga V. á colgarnos los del tiempo del Rey que rabió.

—Pues justamente por eso plagiaba yo la frase del orador romano,—replicó vivamente D. Recaredo... Porque lo mismo que el Amadeista Catilina amenazó á Roma, el Amadeista

Gobernador *(Gardingo*, como se diria en el siglo octavo), amenaza al palacio de Santa María.

La de Peralta no pudo contener una extraña sonrisa, que cubrió con el abanico: Ritita dió con el codo á Candidito, y todos exclamaron al mismo tiempo con gran interés:

—¿Pues qué sucede?...

—¿Qué sucede?—repitió D. Recaredo con voz pavorosa, sacando lentamente del bolsillo una carta abierta. Cuando recibí su recado de V. mandándome llamar á toda prisa, me preparaba yo á venir con la misma, para dar á V. cuenta de este documento...

Don Recaredo desplegó la carta con gran solemnidad, calóse los quevedos majestuosamente, y dijo:

—Oigan ustedes el anónimo que he recibido por la mañana.

«Sr. D. Recaredo, etc.

«Me consta positivamente que el Gobernador de esta ciudad está dispuesto á prender á la señora Condesa de Santa María, si vuelven á repetirse en su casa los escándalos anti-dinásticos del mártes de Carnaval. Como V. es la persona de confianza de dicha señora...

Aquí D. Recaredo hizo un profundísimo saludo, que desmontó de su nariz los espejuelos, y dijo casi conmovido:

—En lo cual tengo mi mayor honra...

Y volviéndose á poner los lentes, prosiguió:

...Como V. es la persona de confianza de dicha señora, podrá comunicarle este aviso, para quitarle las ganas de organizar conspiraciones.

Creo que la señora Condesa no volverá á tener semejante atrevimiento; pero, por si acaso reincide, sepa que ya está avisada, y aténgase luégo á las resultas.»

«Un amigo de la paz y de la dinastía.»

¡Conticuere omnes!... Callaron todos: D. Recaredo pálido y sobrecogido, como el artillero novel que por vez primera dispara un cañonazo, miró á todos los circunstantes, que parecian abrumados cada cual por el peso de un pensamiento distinto... Una intempestiva gana de reir acometió entónces á Blanquita: la imágen de titi Rosa vestida de mameluco tornaba á revolotear en su imaginacion, como un geniecillo maléfico: volvió á todos la espalda para conjurar mejor su importuna influencia, y se puso á sacar un ojo con la uña, á un mofletudo niño que aparecia pintado en la pantalla de la chimenea.

—¿Lo ve V., titita?... ¿Lo ve V.?—estalló al fin la de Peralta, accionando con el abanico. ¡Lo que nosotras decíamos!

Ritita se levantó erguida, como una Némesis ofreciendo venganzas, y exclamó:

—¡Titita!... Es menester dar otro baile, y tirarle á la cara al Gobernador una esquela de convite...

—¡Eso es! ¡eso es!... Convidarlo á él mismo.

—Y bailar el minué delante de sus narices.

—¡Así verá con qué personas trata!

—Y el miedo que nos dan sus amenazas.

—¡No hay remedio, titita, otro baile!

—¡Otro baile!... ¡otro baile!

Y tal algazara armaron las dos primitas, el primito y D. Recaredo, que puesto de pie extendia las manos repitiendo el verso de Dante, —*Io vo gridando pace, pace, pace*—que, sofocada la Condesa, exclamó, tapándose los oidos:

—¿Quieren ustedes callarse y no aturdirme?...

—¿Quién ha escrito esa carta?—añadió con voz formidable, dirigiéndose á D. Recaredo.

—Pues un amigo de la paz y de la dinastía, —respondió el cantor de Mateo, mostrando la firma.

—¿Pero quién es ese amigo de la paz, que tal gresca levanta en mi casa?

Don Recaredo se puso un dedo en la punta de la nariz, y dijo, abriendo mucho los ojos:

—Sospecho... ¿qué digo sospecho?... Juraria que este tiro viene de...

—¿De quién?

—¡Del mismo Gardingo!—concluyó D. Recaredo, creyéndose en el siglo octavo.

—Pero, hombre de Dios, ¿hablará V. claro alguna vez en su vida?... ¿Quién es Gardingo?

—¡El Gobernador, señora, el Gobernador!—replicó prontamente D. Recaredo, tornando al siglo décimo nono.

—Para mí es eso evidente,—opinó Candidito.

—Apostaria las narices, sin miedo de quedarme chata,—dijo Ritita.

—¡Es un cursi, titi, un cursi!—repitió por centésima vez la implacable Peralta.

—Lo único que me hace dudar,—dijo D. Recaredo, es que tiene la carta una ortografía de-

testable... Vea V., añadió, mostrándola: no escribe *confianza,* sino *confianca...*

Candidito y Ritita se miraron azorados, como si fuesen responsables ellos de la detestable ortografía del señor Gobernador, y el alférez dijo al fin, cruzando una pierna sobre otra:

—¡Bah!... ¿Se asusta V. de que un Gobernador escriba *confianca?*.. Yo he conocido un oficial del ministerio de Estado, que escribia zapatilla con h...

—¡Pero si es un cursi!—dijo con mucha lógica la de Peralta. El otro dia le vi de cerca en la exposicion del Alcázar... Llevaba un trajecillo claro de medio tiempo, y observé que tenia el chaleco más usado que la levita... Señal clara y evidente de que suele estar en mangas de camisa.

—Pero Adelita,—dijo respetuosamente don Recaredo, á quien sin duda remordia la conciencia de semejante crímen. No veo que tenga nada que ver la ortografía con estar en mangas de camisa... La ortografía entre los pueblos antiguos...

—¿Pues no ha de tener que ver?... Eso indica que es un *parvenu,* un cursi... ¿Usted concibe un Gobernador en mangas de camisa?... ¡Qué horror!...

Y aterrada la de Peralta se tapó la cara con el abanico. La Condesa se habia quedado pensativa, con el codo apoyado en la mesa y la mano en la mejilla; y poseidos todos de esa inmóvil inquietud propia de las grandes espectaciones, respetaban aquel silencio, precursor de

una resolucion de que pendia quizá la caida de un trono, al pausado compás de la música de un minué... ¿Y por qué no? Un águila arranca con la punta del ala un copo de nieve en la cima de una montaña, y aquel copo rueda, crece, y, convertido en alud, llega á la falda... La Condesa podia ser el águila que arrojase contra el Gobernador y la dinastía un alud de casacones y peluquines blancos, y su cólera excitada, su orgullo herido, su españolismo acendrado la impulsaban á ello. Mas la sombra de D. Rufino detenia las alas del águila condal, mal de su grado, y sin saber por qué figurábasele en aquel momento que tomaban forma corpórea, en las tres sobrinas que tenia delante, aquellos tres tipos de mujer que con tanta viveza le habia descrito el compungido Capellan de monjas... Ritita le parecia más descocada: Adela más presumida: Blanca más inocente: Candidito más taimado.

El silencio se prolongaba: Ritita y Candidito cuchicheaban por lo bajo; la de Peralta se componia la mantilla, mirándose en el espejo con el rabillo del ojo; D. Recaredo limpiaba con el pañuelo los cristales de sus lentes.

De repente sonó una risita, queda y ahogada primero, franca y ruidosa despues, como una fuentecilla que se deslizara mansa entre cesped, y saltase al fin de roca en roca, libre, alegre y bulliciosa... Blanquita habia acabado de sacar el ojo al niño de la pantalla, y el geniecillo maléfico de la hilaridad la habia vencido al fin, poniéndole de nuevo delante la imágen de titi

Rosa vestida de mameluco. Cuatro miradas iracundas y una asombrada la de D. Recaredo, cayeron sobre la risueña niña.

—¡Qué inoportuna eres, Blanca!—dijo Ritita. ¡Pareces un reloj descompuesto!

—¿Pero de qué te ries, tonta?—exclamó ágriamente la de Peralta.

—Como decia tití que se iba á vestir de mameluco, balbuceó Blanquita.

La Condesa, que necesitaba algo para estallar, estalló al fin, exclamando:

—¡Eres una chiquilla, necia, sin juicio!... ¡Bien te vendrian un par de años más de colegio!

Blanquita se puso colorada como una amapola; bajó la cabeza confundida, miró luégo á su tia, despues otra vez á la alfombra, y cubriéndose el rostro con el pañuelo, se echó á llorar.

—¡Chubasco tenemos!—dijo Ritita.

—¡Nuestra Señora de las lágrimas nos asista!—exclamó la de Peralta.

Candidito se echó á reir, y el compasivo don Recaredo, con ganas de llorar tambien, dijo:

—Pero hija mia, Blanquita preciosa, ¿va usted á desperdiciar esas perlitas de sus ojos por causa de los mamelucos?... Los mamelucos eran allá en tiempos antiguos...

Y aquí se atarugó el buen erudito, por no tener á mano el *Diccionario de la Conversacion*, que le sacase de dudas acerca de los mamelucos. La Condesa, al ver llorar á Blanquita, su niña querida, se agitó inquieta en el sillon, volvióse de un lado, despues del otro, cogió los

bonos de la Conferencia, los volvió á soltar, y acabó por atraer á sí á la niña, que escondia siempre el rostro en el pañuelo, abrazarla, besarla en la frente, y decirle al oido:

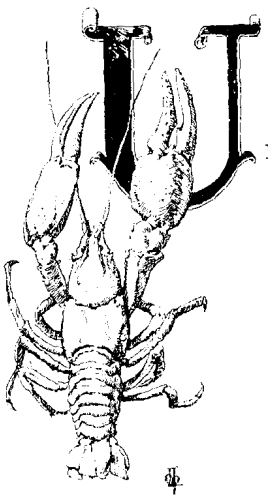


—Pero ven acá, tontilla... No me seas simple, hija mia... Si tengo yo muy mal genio... No me llores, pichona... Mira... pondremos la Piñata el domingo, y tú la romperás, hijita... ¿Quieres?... Verás, verás qué piñata tan bonita...

El lindo rostro de la niña apareció entónces iluminado por una sonrisa, que brillaba entre sus lágrimas, como entre las lluvias de primavera un alegre arco-iris. Acercó la boquita al oido de su tia, y en voz muy baja le dijo:

—¿Y tendrá dentro pajaritos?...

VI



UNA vez decidida á dar el baile, la Condesa entregó sus poderes, como siempre, á D. Reredo y á Ritita, para que dispusiesen la fiesta. Tres condiciones puso sin embargo: primera, que para tranquilidad de su conciencia habia de terminar el baile á las doce de la noche, hora en que espira ese absurdo interregno, sin razon alguna de ser, que el domingo de Piñata establece en la Cuaresma. Segunda, que, como prueba del absoluto desprecio que las amenazas del Gobernador le inspiraban, habia de enviársele á éste, como un cartel de desafío, una esquela de convite. Tercera y última, que, para satisfacer á Blanquita, habian de encerrarse en la

suntuosa Piñata, en compañía de los dulces, hasta dos docenas de pajaritos, entre jilgueros y canarios: habíanse otrosí de poner en juego cuantas trampas é ilegalidades fuesen necesarias, para proporcionar á la preciosa niña el placer de romperla.

Ritita oyó la primera condicion con pérfida sonrisa, y D. Recaredo, bajando la cabeza confundido, como si le abrumase el peso de un remordimiento. A la segunda frunció Ritita ligeramente las cejas, y D. Recaredo hubiera repetido su conciliador.—*Io vo gridando pace, pace, pace*—si el acento irritado de la Condesa al dictarla, no le hubiese recordado el—*con el escudo ó sobre el escudo*—de las feroces espartanas, al enviar á sus hijos á la guerra. En cuanto á la tercera, aceptóla Ritita, diciendo que no seria ella la que disputase tal honor á su prima, y D. Recaredo, proponiéndose buscar en el *Diccionario de la Conversacion* el orígen de las Piñatas, y su uso entre asirios, medos y persas, para explicarlo todo detenidamente á Blanquita.

Una vez sentadas estas bases, la Condesa pidió el coche, y se fué á las Cuarenta Horas; entró luégo en San Vicente á oir un pedacito del sermon, fué luégo á visitar á una amiga, y al oscurecer mandó al cochero dirigirse á la Capitanía General. Era el Capitan General algo pariente suyo, hombre para ella de toda confianza, y nada afecto á la dinastía italiana. La Condesa le refirió en secreto las amenazas del Gobernador, su proyecto de desafiarlas atrevidamente, y concluyó preguntándole, si podia contar con

él en caso de peligro. Rióse grandemente el General al oirla, y díjole que tenia al Gobernador por un progresista de lo más neto que habia brotado en España al son del himno de Riego; pero que, así y todo, no le creia capaz de llevar tan al cabo sus majaderías. Insistió la Condesa, porque, una vez aplacada su cólera, halagaba á su amor propio que se diese á sus asuntos domésticos tal importancia en las esferas oficiales, y mostró al General el anónimo. Leyólo éste, rióse de nuevo, pareció fijarse en la letra, y cotejóla disimuladamente con la de uno de los partes oficiales que sobre la mesa tenia: era del escuadron de húsares, y estaba escrito y firmado el dia anterior por el alférez de guardia. Tornóse á reir el General, encogióse de hombros, y devolvió á la Condesa el anónimo, diciendo:

—Descuida, Rosa, que no llegará la sangre al rio, y más que majaderías de Gobernador, parecen éstas trapisondas de muchachos... Puedes dar tranquila tu fiesta, y yo te respondo de que, aunque bailen el minué en mitad de la plaza del Duque, nadie ha de incomodarte.

Exigióle entónces la Señora promesa de que asistiria á su baile: diósela el General, y retiróse ella satisfecha y tranquila, guardándose muy bien de dar cuenta á nadie del paso que habia dado. Hubieran podido atribuirlo á miedo, y era esto deshonroso para la varonil Condesa de Santa María.

Recibia ésta su tertulia ordinaria en el salon cuadrado que precedia al *costurero:* en un extremo se instalaba la *Cámara alta*, compuesta

de los personajes más notables de la aristocrática X.**, y en el opuesto, la *Cámara baja*, que formaban la parentela jóven de la Condesa, y algunos otros allegados, que, despues de prévias averiguaciones, habian tenido el honor de ser presentados á la dama: porque, para entrar en el palacio de Santa María, casi era necesario hacer informaciones de ocho apellidos nobles, ni más ni ménos que si se tratase de profesar en cualquiera de las cuatro órdenes militares, Santiago, Alcántara, Calatrava ó Montesa. En esto cifraba la Condesa su confianza, al par que su orgullo.

La Cámara alta llamaba á la baja el *Club de la Tijera*, por las burlas y murmuraciones que en ella se fraguaban, y ésta hacia honor á su nombre, titulando á la alta *El Antiguo Testamento*, por las añejas fechas de los señores y señoras que en ella se reunian. El Antiguo Testamento jugaba al tresillo, y el Club de la Tijera desollaba al prójimo, en ociosa conversacion, cuando no se veian aparecer alguna de esas caprichosas labores con que la moda ejercita las manos de las damas, y se ven rodar años enteros por gabinetes y tocadores, empezadas siempre y sin concluir nunca. D. Recaredo Conejo descendia todas las noches del Antiguo Testamento al Club de la Tijera, como un profeta de otras edades que enviase la Condesa, para amparo y vigilancia de la juventud inexperta. Era D. Recaredo su policía secreta.

Los juéves y domingos, dias en que la Condesa recibia oficialmente, se iluminaban otros

dos salones, y el Club de la Tijera, numerosamente reforzado, se desparramaba por ellos, bailando hasta hora no muy avanzada de la noche. El Antiguo Testamento permanecia siempre en su puesto, apegado á su rincon, con la inmutabilidad característica de las venerandas instituciones. En los dias de gran recepcion, que no eran escasos, franqueábase todo el palacio, disponíase el comedor con la abundancia y magnificencia propias de la rumbosa Condesa, y se iluminaba y disponia, sobre todo, la gran galería llamada de los retratos, por estar colocados en ella todos los de los Condes y Condesas de Santa María.

El *alpha* de esta larga serie de ilustres señores era un barbudo guerrero, compañero del Rey San Fernando, en la toma de Sevilla, y el *omega* era Mateo en persona; es decir, en persona que debia á la munificencia del pintor. Habíale este dotado de un cuerpecito angelical, y de unas alitas blancas que le impulsaban hácia el cielo, miéntras sus manitas dejaban caer la corona condal de los Santa María, como anunciando con esto que dejaba cumplida en la tierra la mision de poner punto final á su ilustre raza. En el fondo de esta magnífica galería, verdadera obra de arte, abríase una soberbia puerta que daba entrada á la cámara de Cárlos V; estancia llamada así, por haberse hospedado en ella el invicto César en 1524. Conservábase intacta desde aquella fecha memorable, y era uno de los monumentos históricos con que más se honraba la ilustre casa de Santa María. El artesonado era

de riquísimas maderas incrustadas y talladas, el zócalo de esos estimados azulejos moriscos que tanto embellecen los palacios de Córdoba y Sevilla, y colgaba desde el uno hasta el otro una tapicería de terciopelo rojo con grandes escusones dorados, que hacia juego con el dosel, cortinajes y colcha del magnífico cuanto enorme lecho, que ocupaba por completo uno de los frentes. Por detrás del tapiz que á éste correspondia, quedaba entre la tela y el muro, una especie de pasillo de uso desconocido, que terminaba por ambos lados en dos puertecitas de escape: una daba á la galería, otra á dependencias de la casa, que á la sazon ocupaban los criados. Detalles todos que consignamos desde ahora, porque serán necesarios al lector para la perfecta inteligencia de los sucesos que quedan por narrar en esta verídica historia.

Cuando D. Recaredo apareció aquella noche en el Club de la Tijera, fué saludado con las sonrisas más encantadoras y las frases más halagüeñas. El revoltoso Club fraguaba de nuevo, para el domingo de Piñata, la conspiracion de los relojes, del mártes de carnaval, y aquellos Eneas y Teseos de ambos sexos se apresuraban á amasar, con dulces palabras de adulacion, la torta de miel que habia de ablandar al Cancervero. Ritita, con sus más graciosos mohines, le hizo sentar á su lado, en el sitio que ántes ocupaba su perra; la de Peralta le pidió unos versos para su album; Blanquita le ofreció un caramelo con las puntas de sus deditos de rosa; y una morenilla, cuya nariz respingona le daba

cierto aire picaresco, le dijo que estaba haciéndole un gorrito de dormir, porque el invierno próximo se presentaba muy crudo: trabajaba, en efecto, con dos largas agujas de madera una extraña labor de lana, con grandes florones verdes y encarnados.

—¡Admirable asunto para la lira de Anacreonte!—exclamó D. Recaredo en sus glorias. Un gorro de dormir tejido por Paquita, la más bella y la más burlona de las ninfas del Bétis.

—Pues quedamos en ello,—replicó Paquita. Yo hago el gorro, y V. lo canta en la lira de Anacreonte... ¿Es ese señor compañero de V. en la oficina?...

—¡Por las once mil vírgenes, Paquita!... Anacreonte empleado en el Alfolí de la sal?... ¿Así se burla V. del gran poeta griego?

—¿Yo?—¡Dios me libre!... Pues justamente son mi flaco los poetas y los versos... Crea V. que hasta lloro, cuando leo aquello de

Aventuras, vida y fin,
Del enano don Crispín.

Y aquello otro de más abajo,

En un zapato metido,
Todo el río ha recorrido...

—¿No son esos versos de Anacreonte?...

—¡Paquita, por Dios!—exclamó D. Recaredo. *Marciala* satírica, sacerdotisa del Dios Momo, respete V. la memoria del gran poeta!... Por cierto, que murió de un modo extraño... Se le atragantó una pasa...

—¡Ah, goloso!...

—¿Y por qué no le dieron unas palmaditas en el cogote?

—Pues sí, señor... Así murió en Samos á los ochenta y cinco años.

—Entónces no fué ningun malogramiento.

—El génio debia de ser inmortal, Paquita; y para que no incurra V. otra vez en equivocaciones tan lastimosas, le daré para que lea una traduccion de las odas de Anacreonte.

—Ahora no puedo... Estoy leyendo el Bertoldo, y me gusta guardar método en mis lecturas.

—Démelas V. á mí, D. Recaredo, que yo me las aprenderé de memoria,—dijo mimosamente Ritita... Y á propósito de versos, me tiene V. que dar el soneto que hizo el otro dia *Al alumbrado de gas*... ¡Es precioso!...

—¡Muy bonito!—replicó Paquita. Yo me lo sé de memoria...

—¿Es posible, Paquita?—exclamó D. Recaredo. ¿Es posible que hayan alcanzado tal honor mis pobres versos?

—¡Vaya!... Una vez los leí en *El Porvenir*, y se me quedaron impresos... Oigalos V.

Y sin dejar de mover las agujas, Paquita recitó muy seria:

Doce meses esperando
Y siempre calles corriendo,
Siempre luces encendiendo,
Siempre luces apagando;
Siempre alumbrando, Señor,
Los sitios de esta ciudad,
Y siempre por Navidad
Se vió que el alumbrador,
Tuviese un *Plus* por favor,
De toda la vecindad.

Una explosion general de risas estalló al terminar Paquita el último verso, y D. Recaredo exclamó:

—¡Ah femenino Marcial!... ¡pérfida *Moma!*... ¿Así equivoca V. mis versos con las décimas del alumbrador pidiendo aguinaldos?...

—Pues está visto que yo no sirvo sino para confundir los clásicos.

—Consuélese V. con otro caramelo, D. Recaredo,—dijo Blanquita dándole uno.

—Cuidado no se le atore,... que á Anacreonte lo ahogó una pasa...

—No haga V. caso de estos locos, que son capaces de burlarse de un entierro,—dijo Ritita levantándose. Venga V. conmigo, que me tiene que copiar el soneto... y que arreglar un asunto.

Don Recaredo y Ritita entraron en el *costurero,* y aquél se puso á copiar complacidísimo su soneto al alumbrado de gas, en el pupitre mismo de la Condesa. Ritita lo iba leyendo entusiasmada por encima de su hombro, y repetia á cada línea—¡Precioso! ¡monísimo!—Volvió á leerlo todo declamando, y cuando ya le pareció que el insigne vate estaba maduro, le propuso entre alhagos y mimos, dengues y monadas, repetir el domingo de Piñata la conspiracion de los relojes, del mártes de Carnaval. D. Recaredo, llevado por sus hábitos oficinescos, se puso la pluma detrás de la oreja, y con la dignidad de un Caton incorruptible, se negó rotundamente. Habia delinquido una vez por debilidad, y no queria reincidir otra por malicia.

Ritita instó, suplicó, chilló, amenazó, y don Recaredo firme en su honrado propósito, repetia siempre:



—¡Imposible, Ritita, imposible!

—¡Vaya!—exclamó al fin Ritita enfadada. ¡No creí que fuera V. tan poco galante!

—El deber está por encima de la galantería, Ritita bella.

—¡Ni tan soso!...

—Pues no será por hallarme léjos del depósito de sal,—repuso el vate ofendido.

—Entónces le sucede á V. lo que á los confiteros,... que de puro manejar almíbar aborrecen el dulce...



Y volviendo Ritita majestuosamente la espalda, dejó á D. Recaredo con la pluma detrás de la oreja, y el soneto al alumbrado de gas en la mano. A la puerta del *costurero* la esperaba Candidito.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó impaciente.

—¡Que nones!... ¡que ni hecho trizas!

El alférez dió una fuerte patada en el suelo, y exclamó con imperio:

—¡Pues es preciso, Rita!...

Esta bajó los ojos poniéndose encarnada, y con extraño acento repitió muy bajo:

—¡Preciso!

VII



En el centro de la gran galería de los retratos habíase colocado la suntuosa Piñata, semejante en su figura á una araña de salon. Formábanla doce enormes cuernos de la abundancia vistosamente dorados, unidos por las puntas en la parte inferior, separados, en forma de copa, por la superior, y bellamente entrelazados con primorosos arabescos, lazos y frescas guirnaldas. Pendia del centro hasta el suelo un gran manojo de cintas de todos colores, de las cuales sólo una abria la Piñata: las restantes estaban tan ligeramente apuntadas al armazon, que, al tirar de ellas, quedábanse en la mano. Las damas debian de pasar por turno tirando cada cual de una cinta, hasta tropezar con la afortunada: al impulso de ésta la Piñata se abria, va-

riando de forma, giraban los cuernos volviéndose boca abajo, y derramaban sobre los circunstantes una lluvia de dulces y pajaritos. La cinta misteriosa era celeste, y D. Recaredo, obedeciendo á las prescripciones de la Condesa, la habia señalado con un nudo, para que Blanquita pudiera reconocerla.

Doce señoras y doce caballeros, vestidos con trajes de tiempo de Cárlos IV, habian de bailar en el gran salon amarillo, el discutido y anatematizado minué, que era objeto del baile. Adelita Peralta, deseosa siempre de exhibirse, habia propuesto acentuar más el tinte político de la fiesta, ofreciéndose á cantar ella misma á la guitarra, vestida de maja, dos canciones manolescas de aquellos patrióticos tiempos. *La Cachucha* y *La Jaca de terciopelo*. Esta parte del programa debíase de haber puesto en práctica el pasado mártes de Carnaval; pero la elegante jóven y ferviente española, tuvo la ocurrencia de encargar á París, desde las orillas del Bétis, su traje de maja, y habiendo éste llegado tarde, quedóse la *Cachucha* sin cantar, y Adelita sin lucir el garbo, que habia de conquistarle aquella noche, con aprobacion tácita de los manes de D. Ramon de la Cruz, el nombre de la *Maja majada*.

Un incidente extraño sobrevino á última hora, que se prestó á largas discusiones y á comentarios no escasos. Ritita y Candidito se negaron resueltamente á tomar parte en el minué, cediendo su lugar á la de Peralta y á Federiquito Bombones. Parecia esta resolucion toma-

da muy de antemano, y daban para disculparla fútiles razones y evasivas sospechosas, pidiendo en cambio que se tocasen en aquella noche los dos grandes resortes de diversion y entretenimiento que se habian puesto ya en juego separadamente: los capuchones Watteau y los dominós negros. Disfrazados por igual caballeros y señoras, la confusion debia de ser inmensa, las bromas divertidísimas, y graciosos los chascos. Opúsose la Condesa por estas mismas razones, recordando, sin darse cuenta de ello, los crudos avisos de D. Rufino; mas Ritita y Candidito insistieron de tal modo, y á tales argumentos apelaron, que la Condesa cedió al fin, sin sospechar en su buena fe, que aquel tenaz empeño de los disfraces generales, ocultase algun gato encerrado por parte de los primitos. Trasladóse, pues, al tocador de señoras el cargamento de capuchones Watteau, y en la cámara de Cárlos V, franqueada al efecto para los caballeros, por estar del todo aislada, se depositaron los dominós negros.

Aquella tarde, la Condesa, independiente como siempre, se fué al sermon, y D. Recaredo, despues de dar la última ojeada á los salones, al *buffet*, á la Piñata y de repetir sus órdenes á Juan Bautista el mayordomo, se retiró ya entrada la noche á su casa, para cambiar de traje: el pobre señor estaba rendido. A primera hora, los salones casi vacíos admiraban por su magnificencia deslumbradora, y torrentes de luz se escapaban por la anchurosa escalera y el espacioso vestíbulo, y llegaban hasta la calle

misma, despertando ideales socialistas en la turba populachera que se agolpaba á la puerta, para ver entrar los lujosos coches y apearse á las elegantes damas, envueltas en ricas pieles y costosos abrigos. Parecíales aquello un paraiso vedado, cuya serpiente no divisaban porque agitaba su cola entre ellos.

En el salon próximo á la galería de entrada, el elemento más revoltoso del Club de la Tijera formaba un grupito, cuchicheando con gran viveza: indudable era que allí se tramaba algo, y este algo tenia que ser precisamente la conspiracion de los relojes, ahogada al nacer por la férrea mano del incorruptible D. Recaredo. Allí estaban Ritita, Candidito, la picaresca Paquita, Ramiro Perez y otros varios y varias, entre las que descollaba Adelita Peralta con su traje de *Maja majada*, cuyo rasgo más sobresaliente era una pistola con culata de marfil que llevaba al costado: detalle que omitió siempre Goya en los retratos de sus inmortales majas, por no haber consultado, sin duda, á las modistas parisienses. Sin cesar llegaban nuevos convidados, que iban á buscar á la Condesa para saludarla en su rincon del Antiguo Testamento; allí estaba la señora con su hábito del Cármen, su sencillo peinado, y alguna que otra rica pero anticuada joya, con que los dias de gran ceremonia solia realzar su persona: el que la necesitara podia estar seguro de encontrarla allí, y el que no la necesitase podia prescindir del trabajo de buscarla. La Condesa, parapetada tras sus años, sus desgracias, su gordura y su egoismo, se ha-

bia formado este cómodo ceremonial para sus recepciones, y de él no la sacaba nadie. Para todo lo que ocurriese, allí estaba D. Recaredo.

Apareció al fin éste á la entrada del salon, de rigurosa etiqueta vestido, brillante la pelada calva, como si la hubiese barnizado con clara de huevo, acabando de enfundar sus manos llenas de sabañones en los flamantes guantes blancos. A su vista desbandóse el Club de la Tijera como por encanto: Ritita y la de Peralta, agarradas del brazo, dieron una vuelta para evitar su encuentro, y se dirigieron disimuladamente al sitio en que D. Recaredo solia dejar su peluca. Ritita llevaba en la mano un arma doblemente temible, por ser arma y arma femenina: era un aguja enhebrada en seda negra. La peluca fué hallada y arrebatada en silencio, y en ménos tiempo del que se necesita para referirlo, redujo Ritita su cavidad á las tres cuartas partes, dándole de trecho en trecho algunas hábiles puntaditas. Hecho esto, la peluca fué depositada de nuevo, con igual sigilo, en el sitio que ántes ocupaba.

Los salones estaban ya atestados de gente, y la orquesta preludiaba el rigodon que habia de abrir el baile. Atento á todo D. Recaredo, repartia por donde quiera las flores de su galantería y los frutos de su erudicion. Un jóven le estrechó familiarmente la mano al pasar á su lado, y deteniéndose de repente, como sorprendido, le dijo:

—¿Pero qué tiene V. en la cabeza, D. Recaredo?...

—¿Yo?... Nada...

—Me pareció que la tenia V. un poco hinchada...

—¿Dónde?—exclamó azorado el aprensivo señor.



—Por detrás..... ahí..... hácia la coronilla.

Y sin detenerse más tiempo, el jóven desapareció entre el gentío. Quedóse don Recaredo parado en mitad del salon, palpándose la cabeza con muestras de gran azoramiento: quitóse un guante, tornóse á palpar con la mano desnuda, y aunque ninguna prominencia descubria al tacto, su aprensiva imaginacion comenzó á representarle aires colados, corrientes traidoras, pérfidos Céfiros, dañinos Eolos, y hasta furiosísimos Notos, que parecian zumbarle dentro de la cabeza. Vióse entónces envuelto en un grupo traidor, afiliado al Club de la Tijera, que comenzó á felicitarle calurosamente por el exquisito gusto con que habia dispuesto la Piñata. Preocupado D. Recaredo, contestaba distraidamente, y áun, olvidando su respeto profundísimo á las conveniencias sociales,

se palpaba la cabeza con disimulo. La sangre toda le refluyó al corazon, al oir á Ramiro Perez, que exclamaba:

—¿Pero D. Recaredo, se ha dado V. algun golpe?...

—No... no...—contestó éste angustiado; pero siento aquí en la cabeza una molestia...

—¡Pues claro!... Si tiene V. ahí un chichon terrible...

—¿Dónde?

—Detrás... ahí... hácia la coronilla.

—¡Es verdad!—exclamaron todos en coro. ¿Le ha picado á V. algun bicho?...

—No... no, que yo sepa... ¡Será algun aire!... Esta mañana me sentia mal... y ahora, de repente, me parece que me duele la cabeza... algun aire he pillado...

La sacerdotisa de Momo, Paquita, se abrió paso entre el grupo, con su traje de medio paso, su moño en lo alto de la cabeza, su fleco á lo nene, y desplegando ante D. Recaredo su colosal abanico, le dijo:

—¡Magnífico, D. Recaredo!... ¡Preciosa Piñata!... No le falta más que el busto de...

La taimada *Marciala* interrumpió aquí la frase con un cómico gesto de espanto, y señalando con la punta del abanico la cabeza del vate, dijo:

—¿Pero qué es eso, D. Recaredo? ¿Le va á V. retoñando la cabeza?. . ¡Jesus y qué chichon! ¿Si le irá á brotar á V. por ahí un poema épico?...

—Don Recaredo,—dijo compasivamente la pérfida Peralta. Mejor seria que se abrigase V.

la cabeza: eso será algun aire... ¿Por qué no se pone V. la peluca?...

—Tiene razon,—dijo Ramiro: véngase V. conmigo.

Y cogiéndole de un brazo, le llevó en busca de la peluca. La congoja de D. Recaredo llegó entónces á su último grado: ¡la peluca no le entraba, y la peluca no habia podido menguar, luego la cabeza le habia crecido!... Dejóse caer en un sillon, y dijo angustiado:

—¡Me siento muy mal, Ramiro!

—No se abata V., por Dios, que eso no será nada... Algun aire... ¿Le duele á V.?...

—¡¡Muchísimo!!

—¿Pero por qué no se va á su casa?... ¿Quiere V. que le acompañe?...

—¿Y cómo dejo esto, Ramiro!... ¿Qué dirá la Condesa?...

—¿Qué ha de decir, si está V. enfermo?... Yo le despediré á V. de ella... Mire V., abajo estará todavía el coche de mi tia Pepa que acaba de llegar, y en él puede V. marcharse... No hay que perder tiempo.

Don Recaredo aprobó tácitamente esta proposicion: sentia sudores, calambres, y parecíale que la misma Minerva, que salió armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter, iba á brotar de su cráneo, en cuanto algun caritativo Vulcano le pegase un hachazo. Levantóse trabajosamente, y arrastrando los pies, bajó la escalera apoyado en el brazo de Ramiro. Este le acomodó en el coche de su tia Pepa, y volvió en dos brincos á dar parte á los conspiradores

de lo satisfactorio del triunfo. El Club de la Tijera respiró libremente: los relojes del palacio de Santa María anduvieron para atrás dos horas, y aquellos dos extraños—*¡preciso!*—de Ritita y Candidito, se vieron cumplidos. Miráronse los dos primitos al oir que el estorbo de D. Recaredo ya no existia, y desaparecieron ellos tambien cada cual por un lado.



El baile llegaba al apogeo de la animacion: caballeros y señoras iban ocultándose poco á poco bajo los capuchones Watteau y los dominós negros. Nadie conocia ya á nadie, y la concurrencia tomaba aquel aspecto uniforme, que segun Ritita y Candidito daba lugar á chascos tan graciosos, tan divertidos, tan inocentes... Adelita Peralta iba á cantar *La Cachucha*, y todo el mundo se replegaba hácia el salon, deseosos de reirse á costa de la *Maja majada*. La sacerdotisa de Momo, Paquita, decia agitando pausadamente el abanico.

—Tiene poquita voz...; pero muy desagradable.

La galería de los retratos quedó desierta: entónces apareció en ella un capuchon Watteau, que mirando á todas partes, dió varios pasos azorado. Un dominó negro salió al mismo tiempo de la cámara de Cárlos V, y acercándose á la dama, le ofreció el brazo.

—¿Por qué tiemblas?—le dijo muy bajo.



La pareja salió rápidamente de la galería, mezclóse un momento entre las demás máscaras, abandonó luégo con disimulo los salones, bajó la escalera, cruzó el vestíbulo, salió á la calle... El portero, embutido en su gran librea de gala, se inclinó respetuosamente á su paso:

giró luégo sobre los talones mirándolos con extrañeza, y encogiéndose de hombros, dijo:

—¿Y á dónde irán esos?...

La noche estaba oscura y la niebla era espesa: brillaban entre ésta, como las iracundas miradas de un mónstruo, los faroles de algunos carruajes, que, no contando con el atraso de los relojes, comenzaban á enfilarse ya á la puerta del palacio. De repente saltó por la ventanilla de uno de ellos, una galguita inglesa, con collar de plata sobredorada y manta de grana ribeteada de terciopelo: corrió hácia los enmascarados, meneando el rabito, y comenzó á hacer fiestas en torno suyo, como si reconociese en ellos á antiguos amigos.

La dama dejó escapar un ligero grito de espanto al ver á la perra: el galan la rechazó de un terrible puntapié, arrojándola á tres varas de distancia.

El pobre animal se refugió de nuevo en el coche, renegando de su instinto...

VIII



UANDO llegó á oidos de Blanquita la partida de D. Recaredo, su afliccion no tuvo límites: habíase llevado consigo el aprensivo señor el secreto de la Piñata, y quedando éste confiado á la suerte, no podia tener ella sino esperanza remota de partirla. Buscó á Juan Bautista, el mayordomo, que debia de ser tambien depositario del secreto, y, no encontrándolo, fuése desolada en busca de la Condesa: al verla venir ésta en aquel estado, le preguntó sorprendida:

—¿Pero qué tienes, hija?...

—¡Que ya no puedo partir la Piñata!—contestó Blanquita, haciendo pucheros.

—¿Pero por qué?...

—Porque D. Recaredo se ha ido sin decirme con qué cinta se abre.

—¿Que se ha ido D. Recaredo?—exclamó atónita la Condesa. ¿Pero á dónde?

—Pues á su casa... Se puso malo y se lo llevaron en un coche...

—¿Pero qué estás diciendo, mujer?... ¿Marcharse sin decirme nada?... ¡Imposible!... ¿Tú lo has visto?...

—Yo, no; pero me lo ha dicho Adela... Dice que le salió de repente en la cabeza un bulto grande, grande... así...

Y la niña ahuecaba al decir ésto sus dos manitas indicando un volúmen esferoidal del tamaño de un melon grande.

—¡Qué atrocidad!—exclamaron en coro todos los Patriarcas y profetas del Antiguo Testamento.

—Dice Adela que le salió de pronto...

—¡Extraño caso!—observó un Abraham de tiempos de Calomarde, que traia el pecho lleno de cruces.

—Y Ramiro Perez dice,— prosiguió Blanquita, que referia todo aquello de buena fe, porque así se lo habian contado, que él lo cogió por un brazo y se le desmayó tres veces... Decia que estaba muy malito y queria confesar...

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué desgracia!—exclamó la Condesa verdaderamente afectada. ¿Pero cómo no me han avisado?... ¿Dónde está Ramiro?... ¿Dónde anda Adela?... ¿Y Ritita?...

—¡Pues écheles V. un galgo!... Por ahí andan todos disfrazados, y nadie sabe quién es nadie.

—¿Pero, señor, cómo no me ha dicho nada

ese Ramiro?... ¡Jesus qué desgracia!... ¡Qué cabeza de chorlito, Vírgen Santísima!... ¡Y estará muriéndose el pobre señor, y el otro bailando tan fresco sin decir palabra!... Es menester que vaya álguien á su casa: el pobrecito vive solo...

—¿Quiere V. que vaya yo, Condesa?—dijo el Abraham de las cruces, con la esperanza de que algun ángel le detendria las piernas ántes de consumar el sacrificio que ofrecia.

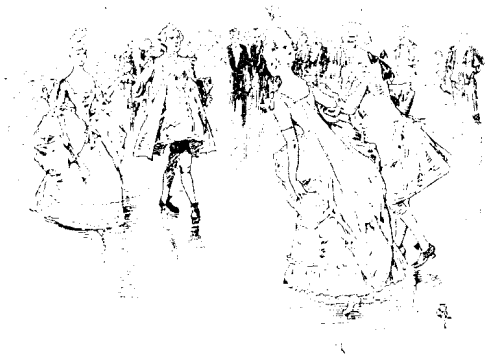
—¡Se lo agradeceria á V. en el alma, don Agustin!—replicó la señora vivamente. Ahora mismo le pondrán un coche... ¿No hay por ahí ningun criado, Blanca?

—¿Qué ha de haber?... si todos están en el comedor, porque el *buffet* se abrirá dentro de nada...

—¡Dios nos asista!... en todo me persigue la desgracia!... Busca á Martina, Blanca; que estará quizá en mis habitaciones... ¡Válgame el cielo!... Mejor será que vaya yo al comedor y mande poner el coche... ¡Qué criados! ¡Qué niños! ¡Bendito sea Dios!... ¡Sólo á mí me pasan estas cosas!...

Y la buena señora se levantó con toda la agilidad que le permitia su monumental corpulencia. En aquel momento la orquesta preludiaba el minué, y numerosos grupos de capuchones Watteau y dominós negros se aglomeraban por todas partes, para ver bailar á los caballeros, de casacon, y á las damas, con traje de medio paso. Interrumpian á cada instante los grupos de máscaras la marcha de la atribulada Condesa,

y para evitar su encuentro entró por la galería de los retratos, que habia quedado desierta: dirigióse al pasadizo de la cámara de Cárlos V, para salir más pronto por el lado opuesto al



departamento de los criados, y abrió la puertecita que daba á la galería, cerrada siempre por expresa recomendacion suya, por lo mucho que afeaba el artístico frente. Dejóla abierta ella misma al entrar, para que las luces de la galería alumbrasen las tinieblas de aquel oscuro túnel, y se adelantó en busca de la otra puerta: por desgracia la encontró cerrada por el lado opuesto. Furiosa la Condesa volvió atrás sus pasos; mas en el mismo momento un criado que cruzaba la galería cerró la puertecilla de salida, creyéndola abierta por descuido, dejando, por lo tanto, á la Condesa encerrada en el pasillo. Al mismo tiempo oyó resonar simultáneamente en la cámara de Cárlos V una car-

cajada estrepitosa de hombre, y un terno soez, asqueroso, obsceno...

El pudor de la mujer y la dignidad de la señora hicieron á la Condesa quedarse inmóvil de estupor y de bochorno. Creyó que algun descomedido lacayo andaria allí dentro, y asomóse por una rendija del viejísimo tapiz para reconocerlo, y mandarlo arrojar en el acto fuera de su casa... Vió entónces en el histórico y venerado lecho, que jamás habia mancillado cuerpo alguno desde que el gran Cárlos V lo ocupó una noche, á Ramiro Perez, tendido panza arriba, con una pierna encaramada sobre otra, fumándose tranquilamente un gran cigarro. A su lado, otro jóven cuyo rostro no podia distinguir, se ponia sobre el bien cortado frac, un dominó negro. La Condesa sintió tal movimiento de ira, que pensó ejecutar en Ramiro, lo que habia pensado hacer con el lacayo: la conversacion que sostenian los dos amigos, la distrajo sin embargo. Ramiro contaba, entre carcajadas y palabras soeces, que hasta entónces habia creido la Condesa patrimonio exclusivo de carreteros y gente abyecta, la pesada broma que acababan de jugar á D. Recaredo: avanzando luégo en el terreno de las confidencias, refirió tambien la conspiracion urdida entre Ritita y la de Peralta, él y Candidito, para obligar á la Condesa á dar aquel baile, no obstante sus escrúpulos de beata, que le hacian cerrar sus salones durante el tiempo de cuaresma. Habian engañado á la bondadosa señora con amenazas absurdas del Gobernador, com-

prendiendo que era esto lo bastante para que, en su carácter quijotesco y altivo, se apresurase á dar la fiesta. Ramiro habia sido el testigo falso que aseguró haber escuchado las amenazas proferidas por el Gobernador públicamente: Ritita y la de Peralta tomaron á su cuenta trasmitir estos fingidos rumores á la Condesa, y Candidito remachó el clavo de la intriga, escribiendo un anónimo á D. Recaredo sobre el mismo tema. Un incidente estuvo á punto de dar al traste á última hora con toda la trama: empeñóse la arrogante Condesa en mandar al Gobernador, como un reto, una esquela de convite, y Ritita tuvo que poner en juego todas sus artimañas, para apoderarse á tiempo de aquella peligrosa esquela y hacerla pedazos.

Reíase á carcajadas el compañero de Ramiro al oirle, é interrumpia á veces su relacion, con observaciones chistosas y palabras ó interjecciones groseras, dignas de una taberna. Una cosa llamó la atencion de la Condesa, despertando su curiosidad al mismo tiempo que su ira: habia observado que, en todo el transcurso de la conversacion, la designaban á ella invariablemente con el extraño nombre de *La Gorriona*.

—Pero ¿qué demonio de empeño tenian ustedes en que la Gorriona diese el baile?—preguntó á Ramiro su amigo.

—Pues ahí veras, chico;—replicó éste. Flaquezas humanas... La de Peralta, que es capaz de vender á su padre por lucir un trapo, necesitaba ocasion en que estrenar ese mamarracho

de traje de maja que habia encargado á París, y que llegó tarde... Ritita y Candidito trabajaban de comun acuerdo, y, ó yo me engaño mucho, ó sus planes eran más vastos... La tal Ritita es una vaca brava, y Candidito un pillo que sabe torearlas... Ellos fueron los del empeño de los disfraces, y ya sabes, chico, que á rio revuelto, ganancia de pescadores... En cuanto á mí,—prosiguió Ramiro, revolcándose en el lecho de Cárlos V, con cierta exaltacion nerviosa, necesitaba coger á tiro en alguna parte á mi palomita...

Y aquí comenzó á exponer Ramiro la pasion que Blanquita le inspiraba, con tan cínica claridad, con tan obscena franqueza, que la infeliz señora adivinaba el sentido de sus inmundas frases, sin entenderlas del todo, como se adivinan á través de la tierra removida de una sepultura, la carne podrida y los gusanos hediondos. La ira, la sorpresa, el dolor, la vergüenza, el espanto, la ahogaban de tal modo, que, en la imposibilidad de huir por ninguna parte sin dar un escándalo, tuvo que apoyarse en la sucia pared cubierta de telarañas... La música del minué resonaba miéntras tanto á lo léjos, señoril, séria y acompasada como un cántico de Iglesia.

—¡Este es el revés... allí está el derecho!—pensó la Condesa acordándose, al oirla, de la frase de D. Rufino.

Cesó al fin la música de tocar, y oyóse entónces un alegre rumor de voces y de risas, que lentamente se aproximaba: el minué habia

terminado, y llegaba la hora de romperse la Piñata. Un gran tropel de jóvenes entró entónces en la cámara de Cárlos V, á dejar unos los dominós y otros á tomarlos. La Condesa pudo apreciar entónces lo que era la comedia *vista entre bastidores*, como si el mismo Asmodeo, el asqueroso demonio de la impureza, se hubiese encargado de descorrer ante ella aquel telon repugnante... Oyóse llamar mil veces la Gorriona: oyó barajar los nombres, la hermosura, la fama y la honra de aquellas pobres mujeres que á dos pasos de allí se encontraban, entre relaciones escandalosas, suposiciones atrevidas, chistes obscenos, asquerosas jactancias, deseos monstruosos, calumnias terribles, verdades ocultas... La Condesa se tapó los oidos, porque le parecia hallarse en el fondo de la cloaca inmunda, por donde desaguaba aquella corrompida juventud las torpes pasiones que en ella excitaba el baile.

—¡Entre bastidores... entre bastidores!—gemia, despedazando el pañuelo de rabia.

La alegre algazara aumentaba en la galería, y poco á poco fué quedando desierta la cámara de Cárlos V. La Condesa se decidió al fin á mirar por la rendija del tapiz, y no vió á nadie: salió entónces como pudo al interior de la pieza, arrastrándose casi á gatas por debajo de la tapicería. Arreglóse el desórden de su traje, limpióse el polvo, quitóse las telarañas pegadas al vestido, y salió á la galería. Un alegre clamoreo resonó en aquel momento. La Piñata acababa de romperse: una lluvia de dulces caia

sobre los circunstantes, y una porcion de espantados pajaritos se elevaban en el aire, chocaban contra los primorosos arabescos del techo, buscando salida, volvian á caer, tornaban á remontarse en busca de refugio, y caian al fin palpitantes y aterrados entre las mil manos que los perseguian. Blanquita, al pie de la Piñata, elevaba las suyas para cogerlos, sin haber soltado todavía la misteriosa cinta celeste. Ramiro Perez se acercó á ella, trayéndole un jilguero y un canario: la Condesa lo miraba estupefacta, como si no pudiese comprender



que aquel apuesto jóven, que con tan respetuosa galantería hablaba á la inocente niña, fuese el mismo que acababa de oir ella expresarse como un carretero y discurrir como un canalla. Blanquita, llena de contento, besaba á los asustados pajaritos: Ramiro le ofreció el brazo, y ella lo fué á aceptar... Mas la Condesa se aba-

lanzó como una leona que defiende á sus cachorros, y agarrando á la niña por la mano, la separó bruscamente del elegante jóven...

Ya no le parecian tan absurdos aquellos demonios que, segun D. Rufino, veian pasearse en las colas de las señoras, los antiguos Padres del yermo.



Universidad Iberoamericana

IX



UNA sola persona supo lo que había acontecido á la Condesa en el baile de Piñata: ella misma se lo reveló pidiéndole consejo, y nos consta que este fué prudente y moderado. Mas la Condesa, que no se paraba en barras, y se iba siempre de un extremo al opuesto, disolvió por un acto de soberanía autocrática, digno del Czar de Rusia, el Club de la Tijera, y declarando á su casa en permanente estado de sitio, jamás consintió en ella grupos de más de cuatro personas.

La primera vez que vió á D. Recaredo, le hizo á boca de jarro esta pregunta:

—D. Recaredo... ¿Quién es *La Gorriona*?...

—¿*La Gorriona*?—contestó el erudito, des-

concertado. ¿La Gorriona?... Pues la Gorriona debe de ser la hembra del gorrion...

—¡Claro está!—replicó impaciente la Condesa. Como la *Coneja* debe de ser la hembra del *Conejo*...

Don Recaredo se mordió los labios mortificado... Acordóse entónces de que el Gorrion, lo mismo que el Conejo, no tienen hembra alguna nominal, por pertenecer ambos al género epiceno.

Pasaron varios meses: una tarde leia la Condesa un periódico de la localidad, y le llamó la atencion en la gacetilla, aquel extraño nombre de *La Gorriona*. Leyó ávidamente el suelto: referíase en él que, por grandes escándalos ocurridos en una casa de mala nota, habia sido llevada á la cárcel una infame vieja que la dirigia, conocida en todo X.** con el nombre de *La Gorriona*.

El periódico se escapó de manos de la Condesa: encogióse en el asiento, y se amoratá su rostro, cual si hubiesen descargado en él una bofetada, y dos lágrimas de ira y de vergüenza acudieron á sus ojos.

—¡Bien lo merezco!...—murmuró. Tenia razon D. Rufino... ¡Para eso servia mi casa!

FIN